

Docencia e investigación: un encuentro necesario y posible.

Resumen

Docencia e investigación, dos funciones de la Universidad. ¿Es posible que se den juntas? ¿Cuál es el punto de encuentro entre ambas? ¿Cómo se desarrollaron a lo largo de la historia de las universidades? ¿Qué sucede en la actualidad?

El encuentro con el otro se da por medio del diálogo, puesto que con la palabra el hombre se hace hombre. Este encuentro de libertades interpela una realidad, un desafío constante que se transforma en el vínculo, en el punto de encuentro entre la docencia y la investigación y hace que éste sea posible y necesario: la búsqueda apasionada de la verdad.

Datos de la autora:

Nombre y apellido: Verónica María del Huerto Reyes

Título: Profesora en Ciencias de la Educación

Correo electrónico: vmhreyes@yahoo.com.ar

Lugar de trabajo: UCSF, Facultad de Derecho y Ciencia Política, Cátedra: Metodología de la Investigación Científica, en la Licenciatura en Ciencia Política. (Dir. Cgo Echagüe 7151, tel. 4603035)

ISPI N 4031 “Fray Francisco de Paula Castañeda”, Taller Docente I, Teoría del Currículum y Didáctica, Seminario de Integración y Síntesis; en los Profesorados para la EGB de 3º Ciclo y Polimodal en Historia, Filosofía y Lengua y Literatura, y en el Profesorado para la EGB de 1º y 2º Ciclo. (Dir. Alfonso Duran 3649, tel. 4554048)

Para comenzar

“Cuando alguien vive a la orilla del mar
acaba por no darse cuenta del murmullo de las olas a
su espalda.

El hábito es una especie de sueño,
acompañado del oscuro deseo de no ver nada más,
de no oír nada más, disminuyendo las tensiones de la vida.
Diariamente llamado a responder a múltiples necesidades
de gran número de jóvenes, el educador ya no interpreta correctamente
los comportamientos que cambian
con el estado de ánimo y las horas del día.”
Pierre Voirin

Se pretende aquí exponer las reflexiones respecto a lo que implica la formación de la persona y la relación con la investigación.

Además, es un intento de colaboración en el replanteo -continuo de ser necesario, para no distraernos- de la dirección de nuestra mirada, y no sólo a dónde se dirige sino también indagar cómo estamos mirando. No vaya a suceder que nuestros ojos estén “orientados” y nuestro rostro haya quedado inmutable e incapaz de asombrarse.

No debemos olvidar que (y para quien lo comparta) debemos ser fieles a una tradición que nos remonta a Aristóteles: el hombre de estudio no debe ser un extranjero en su ciudad.

Por tal motivo mi último deseo es que, independientemente de coincidir con las ideas, estas reflexiones generen pensamiento.

Para ello propongo lo siguiente: en un primer momento realizo una breve reseña del origen de las universidades, luego comparto con el lector algunas características de la realidad actual en la que se haya inmersa la universidad hoy.

Me detengo en dos misiones de la universidad que son la docencia y la investigación. En este punto analizo las mismas y me cuestiono: ¿qué es transmitir conocimientos e investigar?, ¿cómo mantener la armonía, el equilibrio, la relación entre la transmisión de conocimientos y la investigación?

Es preciso considerar que la universidad debe aspirar a la excelencia en investigación y docencia, sin dejar algunas de esta de lado ni subordinando una a la otra, pero, ¿cómo hacerlo? ¿Por dónde empezar?

Breve reseña del origen de las universidades

En las civilizaciones antiguas (Egipto, India, China, Persia, etc.) comenzó a sistematizarse la formación de los técnicos, sacerdotes y funcionarios. La búsqueda del saber por sí mismo recurriendo a la racionalidad es una característica constitutiva de la cultura griega clásica a partir del siglo V antes de Cristo. Uno de los primeros rasgos que definen lo que será más tarde la Universidad es el deseo de buscar la verdad apelando a la observación de hechos y a la racionalidad.

Según opiniones más bien “eurocéntricas”, se ubica el origen de las universidades alrededor del siglo XI en la Edad Media (europea), pero estas opiniones, habría que conjugarlas con los antecedentes de Alejandría y la Universidad de Nalanda en la India. Sin embargo, más allá de las denominaciones resulta asombroso observar cómo la humanidad ha buscado por diferentes motivos y caminos transmitir los conocimientos.

En ese mismo siglo, las congregaciones religiosas comenzaron a organizar escuelas monacales con el fin de preparar a maestros o simplemente para elevar la formación filosófica y teológica de los miembros del clero. Algunos reyes, decidieron entonces, crear escuelas palatinas para educar a la nobleza. Comenta Augusto Pérez Lindo (2003, p. 47) que *“... tal era el respeto que se sentía por los símbolos, los conceptos o las palabras que en algunas de las primeras universidades el pueblo suspendía su actividad cuando se discutían cuestiones metafísicas o teológicas decisivas”*.

Las universidades surgen, en general, de las viejas escuelas catedralicias al organizarse corporativamente maestros y estudiantes. Este movimiento corporativo que da lugar a la formación de los gremios, cofradías, hansas de artesanos y mercaderes, al reunir a los “intelectuales”, hace que surjan las universidades.

La primera de las universidades fue la de París, dedicada al estudio de la Teología y la Filosofía. En el mismo siglo XII empezaron a iniciarse las de Bolonia, Montpellier, Oxford y Orleans. A medida que éstas iban consolidando su organización, surgían otras nuevas en Francia, Inglaterra, Italia, España y Portugal. Mientras algunas abarcan la totalidad del saber, otras, se limitan a una determinada especialidad.

Hacia 1806 un decreto de Napoleón recrea la universidad francesa vinculándola con la formación de los cuadros del Estado. Alrededor de 1809 se crea la Academia de Berlín, que se convierte muy pronto en un modelo de universidad. Algunos autores sostienen que la universidad “napoleónica” fue inspiración de las universidades de América Latina en el siglo XIX, para organizarlas en facultades.

“El nombre de Universidad que deviene del latín universitas litterarum, contiene en su etimología la idea de que el hombre está inmerso en la totalidad del

cuerpo social y de que todo su universo es el objeto del conocimiento". (Escotet, Miguel Ángel, 1996, p. 36)

La universidad hoy

En la actualidad, estamos transitando cambios en los paradigmas o tal vez de paradigmas. Estos cambios en la sociedad del presente nos invitan a convivir en el fragmento, imbuidos en la complejidad del conflicto, la competitividad, la alienación e integración. Aunque queramos renegar de ellos y sacudirlos de nuestro ser debilitado, están instalados y emiten señales que denotan que han venido para quedarse por un largo tiempo. Este cambio epocal impacta de sobremanera en la educación.

Los cambios en la economía y el mercado de trabajo que viven la mayoría de las sociedades latinoamericanas presentan nuevos desafíos a los viejos sistemas educativos. Vivimos la expansión permanente de la denominada "sociedad del conocimiento". En casi todos los campos de actividad se tiende a incorporar dosis crecientes de conocimiento científico y tecnológico que es preciso aprender en instituciones formales y no ya en el trabajo, como era frecuentemente en las sociedades precapitalistas. Esta demanda introduce nuevos desafíos a la institución educativa, sobre todo en la Universidad. Formar recursos humanos obliga a la Universidad, especialmente a los docentes, a multiplicar las ocasiones de aprendizaje más allá de las paredes de la institución, lo cual a su vez, requiere nuevas actitudes y competencias docentes.

Además, la aceleración de los cambios sociales en la ciencia, la tecnología y la producción social obliga a una actualización permanente de los docentes para que la formación que ofrecen esté a la altura de las demandas sociales. Hoy los docentes, al igual que otros agentes profesionales, están sometidos a una exigencia de cambio permanente, que requiere la movilización de recursos de aprendizaje que no siempre han tenido oportunidad de desarrollar durante su etapa formativa o en su experiencia de trabajo.

La UNESCO ha señalado la paradoja de que la mayor parte de las tecnologías de información y comunicación tienen su origen en la investigación científica que se realiza en las universidades, que han sido desarrolladas en investigaciones aplicadas o junto con empresas; pero en la práctica estas tecnologías son muy poco utilizadas en la educación.

La expansión del fenómeno de la pobreza extrema, el desempleo, la vulnerabilidad y la exclusión de grandes grupos de familias, niños y adolescentes del sistema productivo y del consumo (y sus fenómenos asociados de violencia social, desintegración familiar y social, etc.) tiene efectos directos sobre el trabajo e identidad profesional de los docentes y su tarea educadora.

Otro fenómeno significativo, nos dice Pérez Lindo, *"es el cambio en la noción del espacio. Está ligado al desarrollo de los medios de comunicación y de información, pero también al nacimiento de una conciencia planetaria que va más allá de lo que se llama 'globalización'. Mundialización, globalización, planetarización, tienen diferentes sentidos en los discursos de los economistas, ecologistas o científicos sociales de distintas ideologías. En términos históricos significa un debilitamiento o abolición de las fronteras, una tendencia a formar redes e intercambios transnacionales."* (p. 86)

Ya en la Declaración Mundial sobre la Educación Superior, realizada en París, en 1998; es considerado necesario que: *"Los sistemas de educación superior deben aumentar su capacidad para vivir en medio de la incertidumbre, para cambiar y*

provocar cambios, para atender a las necesidades sociales y promover la solidaridad y la igualdad; deben preservar y ejercer el rigor científico y la originalidad (...) como condición básica para atender y mantener un nivel indispensable de calidad; y deben colocar estudiantes en el centro de sus preocupaciones, dentro de una perspectiva continuada, para así permitir su integración total en la sociedad de conocimiento global del nuevo siglo”.

Estas breves descripciones de nuestra realidad actual afectan a la Universidad y la conducen por diferentes caminos orientándola de tal manera que a veces parecería tener desdibujadas sus misiones. ¿Cuáles son las funciones de la Universidad? “Docencia, investigación y extensión”, podría ser una respuesta veloz y sin demasiada reflexión detrás. Para profundizar un poco más me centraré en el docente, como transmisor y generador de conocimientos y la investigación como actividad del mismo.

Dos misiones de la universidad: docencia e investigación, ¿cómo unir las y conservarlas?

Luego de haber hecho una breve reseña del surgimiento de las universidades y de nuestra realidad actual, me explayaré en dos misiones que, a mi criterio, deben presentarse juntas y vinculadas entre sí: la docencia y la investigación. Dos funciones que a lo largo de la historia han sido bastante cuestionadas en relación a la misión de la Universidad, y que ya desde el origen de esta se presentaban como alternativas separadas e imposible de que aparezcan unidas.

Con respecto a esto, todavía hoy se presentan disensos entre quienes consideran que defender la calidad de la educación superior implica necesariamente que todas las instituciones desarrollen en su seno la investigación, otros que consideran que el sistema de educación superior debería estar separado en dos niveles, uno de “masa” y otro de “excelencia”, y, quienes proponen que la investigación se realice fuera de las universidades.

Autores como el cardenal Newman o el filósofo José Ortega y Gasset consideraban que la Universidad no tiene como misión investigar sino formar a la clase dirigente y los profesionales, puesto que se pervertiría su misión esencial que es la docencia. En contraposición a éstos Jaspers dice que la tarea fundamental de la Universidad es la investigación. En general el modelo alemán estaba centrado en la formación científica y en una cierta idea de la unidad del saber que defendieron los filósofos idealistas más influyentes como Fichte, Schelling, Hegel, Humboldt, entre otros.

“De ahí surge la doble función paradójica de la universidad: adaptarse a la modernidad científica e integrarla, responder a las necesidades fundamentales de formación, proporcionar profesores para las nuevas profesiones pero también, y sobre todo, proporcionar una enseñanza meta-profesional, meta-técnica, es decir, una cultura”. (Morin, Edgar, 1999. p. 86)

Edgar Morin nos dice que *“la cultura no sólo está cortada en piezas separadas sino también rota en dos bloques. La cultura de las humanidades y la cultura científica, que comenzó en el siglo pasado y que se agravó en el nuestro, entraña graves consecuencias para una y para la otra”.* (p. 17)

Aproximo conceptualmente la “transmisión cultural” como el bagaje, la herencia del hacer del hombre que se traslada como “contenido educativo” en un determinado contexto. Lo que como docentes comunicamos es parte de nuestra identidad cultural, es una tradición de la que no se puede prescindir porque implica y

supera cualquier propuesta educativa. La transmisión cultural es aquello que nos revela de dónde venimos y en buena medida hacia donde vamos.

Entendiendo que investigar proviene del latín *in vestigium*, vestigio, huella, concluyo que en su origen investigar es seguir un vestigio, una huella. Seguir un camino de búsqueda -con mayor o menor sistematización-, ser docentes de preguntas y no solamente de respuestas. Poder ver más allá de nuestra mirada, poder ver con otros ojos. Si ahondamos un poco más podríamos aventurar que todo docente puede y debe ser un investigador, un buscador de la verdad.

Docencia e investigación (entendida de la manera antes planteada), deberían ser inseparables en todos los años de la educación superior, sin dejar de reconocer la diversidad de perfiles en las plantas docentes y los tipos de investigación.

No en vano es advertir que esta transmisión cultural, antes de ser comunicada debe ser cultivada, preservada y fortalecida; pues corremos el riesgo de convertirla en un verso superfluo y no precisamente poético. Este creo que es uno de los argumentos más fuertes por los cuales no podemos separar la transmisión cultural de la investigación. Si sólo aprendemos “lo último”, si escapamos de la herencia y de la tradición, si no profundizamos en las cuestiones esenciales, ¿qué conocerán las futuras generaciones?, en última instancia, ¿qué amarán?, ¿a dónde estará dirigida o centrada su mirada?

No quiero decir de ninguna manera que todos los docentes universitarios deban hacer investigaciones que respondan a una presentación formal y en el mejor de los casos sean financiadas; no creo que todos los docentes universitarios puedan ni quieran ser investigadores científicos; me remito al planteo de ser investigadores de nuestras propias disciplinas, curiosos, respetuosos y amantes del saber a transmitir de tal forma que exista siempre una pregunta a responder, el asombro de lo nuevo, desconocido y conocido, la preocupación por conocer un poco más lo que voy a enseñar.

Coincido con Morin cuando afirma que la enseñanza debe dejar de ser solamente una función, una especialización, para convertirse en una misión, una misión de transmisión. *“La transmisión necesita, evidentemente, de la competencia, pero también requiere, además, una técnica, un arte. Necesita lo que no está indicado en ningún manual, pero que Platón ya había señalado como condición indispensable de toda enseñanza: el eros, que es al mismo tiempo deseo, placer y amor, deseo y placer de transmitir, amor por el conocimiento y amor por los alumnos. (...) Donde no hay amor, no hay más que problemas de carrera, de dinero para el docente, de aburrimiento para el alumno. La misión supone, evidentemente, la fe; fe en la cultura y fe en las posibilidades del espíritu humano. La misión es, por lo tanto, elevada y difícil, porque supone, al mismo tiempo, arte, fe y amor”.* (p. 105 -106)

Esta relación entre la transmisión cultural y la investigación no es una relación de subordinación de una con la otra, sino más bien, es una relación dinámica y “circular”, puedo enseñar lo que investigo o investigar lo que enseño. Puedo plantear la pregunta porque conozco la respuesta o presentar las respuestas para hacer más preguntas y en definitiva ampliar las respuestas. No se trata únicamente de transmitir ideas, meros conocimientos que quedan fuera del hombre, sino de formar la persona según el modelo del hombre nuevo, que es Jesucristo.

“Nuestra civilización y, por consiguiente, nuestra enseñanza, privilegiaron la separación en detrimento de la unión, el análisis en detrimento de la síntesis. Unión y síntesis quedaron subdesarrolladas. Por eso, tanto la separación como la acumulación sin relaciones de los conocimientos están privilegiados en detrimento

de la organización que vincula los conocimientos. Como nuestro modo de conocimiento desune a los objetos, tenemos que concebir qué los une.” (Morin, E. 1999 p. 26)

Estas palabras me hacen pensar ¿qué puede ser aquello que mantiene “unidas” a la transmisión cultural y la investigación?, ¿cuál es su punto de unión y cómo mantener el equilibrio?

Considero que el puente o la intersección es la discusión y la discusión entendida medievalmente. Sin discusión no hay intercambio, no hay relación, no hay encuentro, ¿habrá pensamiento? En relación a esta última pregunta es interesante lo que escribe Edward De Bono al respecto: *“Tenemos una actitud curiosamente ambivalente hacia el pensamiento. El pensamiento es algo muy valioso. Tener capacidad para razonar es muy bueno. No obstante, el empleo actual del pensamiento parece, a veces, un signo de debilidad. Tener que reflexionar sobre algo implica falta de decisión. (...) Un político que hiciera una pausa para meditar acerca de algún tema sería acusado de ignorar la política de su partido en esa materia. Hay circunstancias en las que sentimos menos respeto por un hombre que piensa que por uno que parece conocer todas las respuestas. Después de todo, si piensa puede equivocarse. Hay otros momentos en que un hombre que no piensa puede (o debería) asustarnos”.* (p. 59)

Volviendo a la “unión” de estas dos misiones de la universidad, puedo decir que una buena discusión se caracteriza por sus buenos argumentos y está sustentada en la creatividad de quienes la llevan a cabo. Más discusión, más espíritus creativos, más espíritus libres, más sensibilidad para captar y apreciar valores, más capacidad para descubrir el valor de las cosas y concederles primacía en la escala de opciones personales, más lucidez y decisión para elegir entre las maravillas de la vida.

Ahora bien, no todos estamos en condiciones de discutir desde este punto de vista. Para ello necesitamos formarnos, evitar la tentación de adaptarnos a las exigencias del mercado y permanecer fieles a una vocación originaria: el gaudium de veritate, tan caro a San Agustín, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla. Somos profesores de la Universidad y hacemos profesión de verdades. Y como profesores de la Universidad y de la Universidad Católica, compartimos su misión que es la “diakonía de la verdad”, el servicio apasionado a la verdad (Cfr. Poupard, Paul, 1995).

Servir apasionadamente a la verdad no es una cuestión metodológica caprichosa, es justamente, poner a la persona como centro, quien por medio de la razón y libertad experimenta el gozo de buscar la verdad, el inagotable deseo de verdad, bien y belleza. La diakonía de la verdad es el acto de la voluntad firme y sostenida de no contentarse con verdades parciales, fragmentarias o dispersas, sino establecer permanentemente el paso del fenómeno al fundamento. (Fides et Ratio, 83).

No hay mayor forma de corrupción que la intelectual, que consiste en tergiversar la verdad, y la consecuencia de esta corrupción es la esclavitud a merced del error. Para San Agustín el error es consecuencia del pecado, y para él todo pecado es una mentira. Y tanto el error como la mentira son diferentes grados de alejamiento de la verdad. En la educación esto tiene graves consecuencias, para corrientes que afirman que la inteligencia viene de la acción y se dirige a la acción, el fin de la educación desaparece y en la confusión se tiene a la capacitación por educación y a la información por auténtica formación. Entonces ya no se trata de procurar en las personas la adquisición de hábitos sapienciales y morales, sino de

entrenarlas en la adquisición de habilidades prácticas destinadas a obtener bienes útiles, no se forma a la persona orientándola a su fin propio sino de insertarlo en el mercado de trabajo y la sociedad de consumo, ni siquiera se piensa en un hombre templado, fuerte, prudente y justo sino en un hombre que “se adapte”; por esto se privilegia una formación técnica y algunos podrían decir “profesionalizante”, el dato “dado” es reemplazado por la reflexión crítica y el sentimentalismo desplaza a la razón. De esta manera se reemplaza la búsqueda de la verdad por la “construcción” de una verdad que se torna vana y ficticia.

Esta situación de ninguna manera me puede desalentar, ya que es la posibilidad de encontrarme con otro y favorecer en él un proceso de humanización para que esta persona – alumno llegue a su plenitud. Este encuentro con los otros, se da por medio del diálogo, indispensable para educar. Hoy hay monólogos y muchas más oraciones unimembres. Pero, es necesaria la apertura del hombre a las grandes realidades del entorno, de lo cotidiano, pues toda labor creadora se nutre del diálogo fecundo que tal apertura implica y que posibilita la investigación y la enseñanza.

“Si el diálogo es el encuentro de los hombres para ser más, éste no puede realizarse en la desesperanza. Si los sujetos del diálogo nada esperan de su quehacer, ya no puede haber diálogo. Su encuentro allí, es vacío y estéril. Es burocrático y fastidioso.

Finalmente no hay diálogo verdadero si no existe en sus sujetos un pensar verdadero. Pensar crítico que, no aceptando la dicotomía mundo-hombres, reconoce entre ellos una inquebrantable solidaridad. Este es un pensar que percibe la realidad como un proceso, que la capta en constante devenir y no como algo estático. Una tal forma de pensar no se dicotomiza a sí misma de la acción y se empapa permanentemente de temporalidad, a cuyos riesgos no teme”. (Freire, P. 1970 p. 110)

Para ir concluyendo

En todo cambio epocal hay momentos de perplejidad, y aún de oscuridad, pero también serios motivos para esperar y oportunidades para crecer.

El crecimiento que se evidencia en los nuevos conocimientos y el surgimiento de nuevos paradigmas afectan a las universidades en todas sus funciones y misiones, particularmente en el desarrollo de la docencia y la investigación.

El momento actual, con sus riesgos de falta de sentido, de dispersión y de superficialidad, nos llama al mejor aprovechamiento de los recursos de la tecnociencia, para unirlos a los valores y a la integridad de la persona humana.

Es una tarea de suma importancia la que toca a los educadores universitarios, no sólo enseñar e investigar, sino ser testigos y dar testimonio de su actuar. Para ello es necesaria la reflexión continua de nuestro quehacer educativo; sobre todos en nuestras prácticas docentes.

Debemos tener presente que en la medida en que nos relacionamos con la sociedad crecemos en bien, verdad y belleza; puesto que esta auténtica relación está en orden a la virtud, es auténtica por mi voluntad y manifiesta un comprometido accionar social, considerando que si “a los otros les va bien”, a mí también.

En una verdadera transmisión cultural hay lugar para el otro, no porque el docente se lo otorgue, sino porque juntos han jugado creativamente y se ha formado un modo valiosísimo de unidad con lo real. Y en esto real, en esta (compleja) realidad se siembra la investigación; porque germina el deseo, la curiosidad; la insatisfacción placentera de saber que todavía hay mucho por hacer.

La docencia tiene que estar vinculada de manera continua a la investigación, aunque sólo sea en su acepción primera. El vínculo o la unión entre la docencia y la investigación es la búsqueda de la verdad.

Seguramente la cueva de Montesinos era un lugar bastante desagradable, pero eso no le impidió a Don Quijote llamarla “*el más bello, ameno y deleitoso prado*”, donde se encontraban dispuestos a recibir con los brazos abiertos “*muy grandes, piadosos y honrados caballeros*”. Esa capacidad creativa, de asumir la realidad con la más humilde expresión, lo hace protagonista de la historia, amante de la existencia y por lo tanto capaz de defenderla, que puede ser más o menos, mejor o peor que otras cuevas (realidades), pero en ese momento es suya. Debemos reinstalar en nosotros mismos y nuestras instituciones ese amor, ese reconocimiento por lo que tenemos, por lo que formamos, por lo que somos.

Referencias bibliográficas

- De Bono, Edward (1994). *Ideas para profesionales que piensan*. Ed. Paidós Empresa, 1º reimp., Bs. As.
- Escotet, Miguel Ángel (1996). *Universidad y Devenir*. Ed. IDEAS (Instituto de Estudios y Acción Social), Bs. As.
- Freire, Paulo (1970). *Pedagogía del oprimido*. Ed. Siglo Veintiuno, Bs. As.
- Juan Pablo II. (1998) *Fides et Ratio*. Carta Encíclica a los Obispos de la Iglesia Católica sobre las relaciones entre Fe y Razón. Ed. Paulina, Bs. As.
- Morin, Edgar (1999). *La cabeza bien puesta*. Ed. Nueva Visión, Bs. As.
- Pérez Lindo, Augusto (2003). *Universidad, conocimiento y reconstrucción nacional*. Ed. Biblos, Bs. As.
- Poupard, Paul (1995) *Buscar la verdad en la cultura contemporánea*. Ed. Ciudad Nueva, Santiago.



IV Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos
docentes@enduc.org.ar - www.enduc.org.ar